

LA IMAGEN Y LA PALABRA

ROBERT ESCARPIT
*Professeur Emérite à l'Université
de Bordeaux III*

LA IMAGEN Y LA PALABRA

El evangelio de San Juan empieza por «*in principio erat Verbum*». En la traducción latina, no hay duda que *verbum* sea la palabra hablada, lo que quiere decir que la creación del mundo se fundó en un discurso lingüístico. Incluso, nos proporciona la Génesis, la textualidad escrita de este discurso: «*Fiat lux*»: sea la luz.

Ahora bien, el apóstol San Juan no escribía en latín, sino en griego, y el término que empleo no es *verbum* sino *logos*. Claro es que en griego *logos* puede tener el mismo sentido que *verbum* en latín. Pero tiene también muchos otros sentidos, y particularmente, en tiempo de los Apóstoles, designaba cualquier manifestación de razón, de inteligencia. Así, se puede entender que en el ruido aleatorio de una universalidad caótica, las palabras de Dios manifestaban la existencia de una organización voluntaria. Suponen la existencia de un espíritu libre señalando su voluntad a través de un signo.

El problema que se plantea es saber si el signo de base al empezarla creación fue el discurso «*Fiat lux*» o el gesto de separar la luz de la oscuridad. Los dos van juntos, claro, pero ¿cuál de los dos es más importante?: ¿la palabra expresando la voluntad o la traza indelebil que crea la primera diferencia significativa en el universo entre el blanco y el negro? En otros términos, ¿era el Creador un poeta o un pintor?

No es mi intención hacer un curso de teología estética. Si he tomado el ejemplo de la creación que plantea en forma dramática el problema de la naturaleza del lenguaje, es decir, de la capacidad humana de crear señales compuestas de significantes y significados voluntariamente unidos en una significación.

El sentido común, así como la lingüística hasta los últimos años, son generalmente fonocentristas, es decir, que admiten como evidente que el lenguaje evolucionó a partir de la palabra hablada. El esquema que se admite es el siguiente: al pasar al estado del *homo sapiens sapiens*, la raza humana adquirió la facultad de controlar los ruidos instintivos que los individuos emitían bajo ciertas estimulaciones, sea por heritaje genético sea por aprendizaje. Cuando los individuos llegaron a someter estos códigos instintivos a la expresión de reacciones personales y a sacarlos de un conjunto finito de situaciones concretas para hacerles capaces de abarcar abstracciones, entonces, nació el lenguaje bajo la forma de la palabra hablada.

Sólo mucho más tarde, en los últimos millares de años, se considera que se llegó a fijar la palabra en trazas que simbolizaban primero objetos en los pictogramas, luego ideas en los ideogramas y, por fin, sonidos como en los silabarios y los alfabetos. Este proceso de fijación en trazas no se termine todavía, ya que abundan las lenguas orales que nunca han tenido el soporte de la escritura.

Tal visión fonocentrista ignora el hecho que muchas formas de lenguajes no verbales aparecieron al mismo tiempo y tal vez, mucho antes que el lenguaje hablado.

Se puede citar el caso del lenguaje gestual que, en ciertas civilizaciones, ha llegado a un grado de desarrollo y de fineza iguala el del lenguaje hablado y que todavía, desempeña un papel importante en la comunicación humana.

Tal vez, más importante todavía, es el lenguaje de trazas. Como la expresión fonética, la expresión plástica se encuentra ya en el mundo animal en forma codificada. Corresponde a la necesidad de dar a la señal una estabilidad, una duración que no tiene el grito emitido una sola vez. Hasta cierto punto, se puede considerar que la mimesis que se observa en todas las especies del reino animal, es una forma de expresión pictural. Sin duda, lo es en el caso de uno de los usos más frecuentes de las señales animales: la marca del territorio. El perro orinando al pie de los árboles o de las farolas utiliza una forma olfativa de marca más permanente que la del ruiseñor que se agota cantando toda la noche para marcar fonéticamente su territorio. Son muchos los animales que dan una forma plástica a sus marcas. El ejemplo del pulpo adornando la entrada de su cueva con una decoración geométrica es uno de los más conocidos.

Hace más de quinientos siglos, los neandertalios ya, seguramente, tenían un lenguaje hablado, pero, al mismo tiempo, eran capaces de fabricar objetos esculpidos cuya forma no era simplemente funcional o utilitaria, pero tenía cierto grado de simbolización.

Hace treinta o treinta y cinco mil años, con los Neantropianos, cuando comenzaron a formarse lenguas ya elaboradas, las pinturas de Lascaux, de Altamira y de varias cuevas africanas, atestiguan que la expresión gráfica no se quedaba por atrás. Analizando

las pinturas de Lascaux, el profesor Leori Gourhan demostró que ciertas de ellas presentan un carácter lingüístico con una sintaxis. Los llama mitógramos y demuestran que tan temprano como en el paleolítico superior la imagen ya había superado el simple estatuto pictográfico.

Todo esto demuestra que el lenguaje de la imagen no es tan reciente que se le imagina en general. Corresponde a una necesidad fundamental: La de vencer las sujeciones del espacio y del tiempo que limitan el alcance de la comunicación oral. La ventaja de cualquier signo, es que el significante denota un significado ausente pero en el caso de la palabra hablada, hasta la muy reciente invención de la grabación y del cine, el significado tenía que ser presente.

En un famoso cuento para niños Rudyard Kipling narra la imaginada invención de la escritura. Dice una niña paleolítica a su papá: «Si dibujo en la pared de la cueva una carpa bocabierta haciendo ¡Ha! y que la ves llegando aunque no esté yo, sería como si saltara de detrás de una roca gritando ¡Ha! para sorprenderte».

A partir de una fecha mucho más reciente —cuarenta o cincuenta siglos— se utilizaron los dibujos para codificar en forma estable la palabra hablada, lo que llegó a ser la escritura, pero no se debe negligir la vida propia que ha tenido la imagen desde que el hombre, accediendo a la conciencia intelectual, empezó a hacer dibujos significativos. Sigue teniendo tal vida propia en nuestra época, pero si se ha dicho que el siglo XX es el siglo de la imagen, no se debe olvidar que en ningún momento de su historia, la comunicación humana ha dejado de ser audio-visual.

Lo que complica bastante el problema es que, hasta nuestra época, la palabra hablada era el medio de transmisión de la comunicación movедiza, efímera: «*L'instant où je parle est déjà loin de moi*», mientras el grafismo era el medio predilecto de la comunicación estable, permanente «*Verba volant, scripta manent*».

En los últimos milenarios la escritura fue la única y bastante incierta manera de estabilizar la palabra hablada, pero no existía ninguna manera de dar movimiento a la imagen.

A fines del siglo XIX la casi simultánea invención del fonógrafo y del cine permitió estabilizar en forma rigurosa la palabra hablada y dar animación a la imagen. Desde un siglo, las dos técnicas no han cesado de converger para llegara un estatuto similar en la televisión y antes en el cine parlante.

La escritura había tomado un adelanto considerable sobre la palabra y la imagen en cuanto a la difusión por la utilización de un soporte ligero y transportable: primero tabletas de barro o de cera, luego, papiro y, por fin, papel. Desde el siglo XV se había me-

canizado el proceso de reproducción con la invención de la imprenta. De repente, en menos de veinte años, la palabra y la imagen animada alcanzan la escritura en este campo. Al mismo tiempo, la invención de la fotografía, luego del fotograbado, de la tricromía, del offset, dan a la imagen fija las mismas posibilidades. Y por fin, viene la onda de radio que multiplica en forma inimaginable el alcance y la velocidad de la difusión.

A fines del siglo XX, la palabra hablada, la escritura, la imagen fija y la imagen animada forman partes iguales de un conjunto comunicativo extremadamente complejo en el cual no se perciben todavía muy claramente las jerarquías ni las estructuras de organización.

Estamos en presencia de cuatro formas de comunicación que se pueden repartir de dos maneras. Por una parte, la palabra hablada y la escritura utilizan el lenguaje articulado según varios sistemas que son las diversas lenguas. Las lenguas no son códigos, pero tienen una fuerte parte de codificación, lo que supone un aprendizaje para utilizarlas. Existen 4.000 lenguas en el mundo y ninguna de ellas puede pretender ser universal. La comunicación lingüística está estrechamente ligada a prácticas culturales, sociales o políticas. Al contrario, la imagen, sea fija o animada, a pesar de tener sus códigos según las culturas, puede pretender ser universal. Su desventaja es que proporciona una cantidad incontrolable de informaciones que resultan muy difíciles de organizar en un pensamiento lógico y bastante fino para que el emisor tenga una probabilidad razonable de hacer pasar sus mensajes sin riesgo de contrasentido. El receptor tiene casi toda la iniciativa en la interpretación de la imagen, mientras sólo tiene parte de la iniciativa en el caso del lenguaje que transmite las informaciones a una velocidad compatible con la capacidad de tratamiento de su cerebro o bien las deja a su disposición para un examen crítico.

En la historia ya citada, Rudyard Kipling da un ejemplo divertido de estos contrasentidos que pueden producir las imágenes. Antes de inventarla escritura, la niña paleolítica manda a su mamá un mensaje en forma de una imagen. Quiere decir por esa imagen que un extranjero está ayudando a su papá a pescar con su harpón. Y la mamá entiende que su marido está atacado por un guerrero enemigo con su lanza.

Esta es la primera repartición que se puede hacer entre los cuatro medios de comunicación los que utilizan la representación gráfica los que usan el lenguaje. Pero existe otra. Se puede considerar que la palabra hablada y la imagen animada pertenecen al dominio de lo movедizo. Esto les da una gran flexibilidad y posibilidad de adaptación a los acontecimientos que suceden en el ambiente de los comunicantes, pero no dejan trazas sino en la memoria del receptor y la memoria humana no tiene nada que ver con la llamada memoria de las máquinas. Funciona no por grabación

permanente sino por olvidos sucesivos y reconstrucciones imaginarias bajo ciertas estimulaciones. Siempre es posible actuar sobre estas estimulaciones para privilegiar tal o tal mensaje. Es una técnica que conocen bien los especialistas de la publicidad comercial y de la propaganda. Así es que en el caso de la palabra hablada como en el de la imagen animada, la iniciativa del receptor queda sometida a la iniciativa del emisor que, en particular, controla la velocidad de desfiliamiento de los mensajes. El manejo de estos medios es una retórica, la retórica siendo definida como el arte de la persuasión.

En otra categoría, entonces, se pueden clasificar la imagen fija y el texto escrito: es la de lo fijo, de lo estable. Ambos son documentos perdurables que quedan a la disposición del receptor. El procede aun barrido de estos documentos a su propia velocidad y con posibilidad de repetir varias veces la experiencia. Esto, claro, le da un muy alto grado de iniciativa ya que puede hacer un análisis crítico de los mensajes y escoger, libremente los elementos que le permiten construir su propia información. Este proceso se llama la lectura. No hay lectura de la palabra hablada y tampoco hay lectura de la imagen animada. La lectura supone documentos fijos.

Se ve, pues, que la imagen animada y el texto escrito se encuentran a dos polos diametralmente opuestos de las dos clasificaciones. La primera difusa una cantidad enorme de informaciones a una velocidad controlada por el emisor, pero en la cual, el receptor no tiene ni la capacidad, ni la rapidez de tratamiento necesarias para escoger él mismo, su propia información, analizarla y criticarla.

Al contrario, el texto escrito proporciona una cantidad de información manejable por el receptor que tiene además la posibilidad de volver a leer, comparar, criticar y construir su propia información, según sus propias preguntas y necesidades. Esta posibilidad es, probablemente, la mejor definición que existe de la libertad intelectual.

Ahora bien, el hecho que la lectura del texto sea un auxiliar potente para la liberación del espíritu humano no quiere necesariamente decir que la visualización de imágenes animadas sea alienante para este espíritu.

La lectura es una operación muy compleja en la cual el descifrar las letras o, mejor dicho, los logogramas y el simultáneo entendimiento del lenguaje no son

más que una fase, esencial por supuesto, pero inútil si el lector no tiene en mente las preguntas cuyas contestaciones espera del texto y las referencias al mundo en el cual se desarrolla el acto de lectura. Es lo que hace la diferencia entre la lectura de un niño joven y de un adulto. Los dos pueden ser lectores expertos, capaces de barrer un texto con la misma rapidez, y de asimilar con igual eficacia las informaciones que proporciona. Pero la lectura del adulto es mucho más rica porque ha vivido, tiene problemas y ha pasado por experiencias que el niño todavía no conoce. Y entre los adultos mismos, hay enormes diferencias entre los que han aprendido a reflexionar, a ponerse cuestiones a partir de múltiples experiencias, y los que viven pasivamente sin tratar de enterarse de lo que pasa en el mundo en el cual viven y, aún menos, de entenderlo.

Es, precisamente, esa presencia al mundo que facilita la imagen animada y, principalmente, la televisión. La lectura de libros o de periódicos y la televisión no se deben considerar como antagonicos, sino como complementarios, aliados en la construcción de un proceso de comunicación verdaderamente liberador.

La imagen manda a ver, entera, el texto permite criticar, apoderarse del sentido, es decir, entender de veras. Claro, es que siempre hay y habrá esfuerzos para influir sobre el proceso de elaboración de la información en la mente de los lectores o de los telespectadores. La propaganda y la publicidad nunca se cansan. A veces, estos esfuerzos podrán tener un efecto más o menos limitado, pero la experiencia demuestra que los contraefectos son más fuertes que las intenciones de los manipuladores.

Hablando del desarrollo de los medios de comunicación en su tiempo, Marx y Engels decían en el *Manifiesto Comunista* que, favoreciendo este desarrollo para su beneficio, el capitalismo industrial había despertado fuerzas subterráneas que no podría controlar. Se trataba entonces, sólo de los periódicos, del teléfono y de los ferrocarriles. Ahora, se trata de redes de comunicación, millares de veces más potentes y la profecía se realiza. Cada vez más encadenados por cadenas de televisión y monopolios de edición, los hombres son cada vez más libres porque cada vez más adultos y cada vez mejor armados para reivindicar su libertad.

Eso fue lo que le paso a Dios cuando, por el Verbo y por la Luz al mismo tiempo lanzó el proceso informacional del Universo. Despertó la libertad humana que luego no pudo controlar.